

A romantic scene at sunset. A couple is embracing on a wooden pier over water. The man's back is to the camera, and the woman's hands are on his chest. The sky is a warm orange and yellow, with several birds flying. The water reflects the sunset. The couple is wearing jeans. The overall mood is intimate and romantic.

Un Amor Casi Perfecto

Minerva Hall

UN AMOR CASI PERFECTO

Minerva Hall

Serie Nuevas Oportunidades 2

COPYRIGHT

Un amor casi perfecto

Serie *Nuevas Oportunidades 2*

© 1ª edición enero 2014

© Minerva Hall

Portada: © Fotolia

Diseño Portada: M. H.

Maquetación: M. H.

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

Obra Registrada

*A mis **lectores**, por el apoyo incondicional y las hermosas palabras que me dedicáis. Espero que la historia de Minerva y Héctor cumpla con vuestras expectativas. Gracias por vuestra confianza.*

*A mi **padre**, por mil y un pequeños motivos (y otros más grandes). Él es el verdadero culpable de que yo tomara este camino. Porque siempre está y seguirá estando, sin importar el paso de los años. Gracias, papá.*

Argumento

La vida no era ningún camino de rosas.

Y Minerva lo descubrió de la peor forma posible cuando el hombre con el que iba a casarse la abandonó. Embarazada y sola tendrá que hacer frente a una vida nueva e inesperada, donde el amor es irrelevante y lo que importa es el corazón.

La dejó sin mirar atrás, pero el destino decidió reunirlos.

Un encuentro inesperado hará que Héctor se replantee decisiones pasadas y se dé cuenta de que nunca quiso dejarla. Un atentado que pondrá en peligro su vida le dará la excusa perfecta para recuperarla, en una carrera contra el tiempo en la que lo único que importará será ganar su confianza y conquistar una vez más su amor.

PRÓLOGO

Acababa de recibir la noticia más maravillosa de su vida y apenas si había podido contener su entusiasmo como para aguantar hasta el final de la jornada laboral. Tenía que contárselo cuanto antes a su prometido.

Ya podía imaginar la cara de Héctor cuando llegara a casa y le pusiera en las manos el sobre marrón. Al principio no tendría ni idea de qué contenía, pero en cuanto lo abriera y sostuviera la pequeña fotografía, daría un grito de júbilo ante la dicha de lo que estaba por venir.

Atravesó la calle a toda velocidad. Hacía poco que había nevado y el suelo estaba un poco resbaladizo, así que trató de controlar su efusividad y ralentizar su paso. Apenas si le quedaban dos calles para llegar al hogar. Estaba nerviosa, muy feliz pero nerviosa. Un ramalazo de dudas la golpeó con fuerza al mismo tiempo que una ráfaga helada alborotaba su oscuro cabello.

¿Y si Héctor no se sentía tan feliz como ella ante la idea de ser padre?

Habían hablado de niños muchas veces. Incluso le había dicho que uno de los sueños de su vida era ser madre. Algún día le gustaría tener dos o tres niños, quizá cuatro. Los imaginaba rubios como él y con ojos verdes como ella. Enérgicos, llenos de vida, de sueños y risas. Se imaginaba educándolos y jugando con ellos, imaginaba que él la acompañaba al parque y mientras los pequeños se entretenían, la abrazaba desde atrás y le susurraba lo mucho que la amaba y cuánto deseaba hacerla feliz.

Parpadeó ante la puerta de cristal del edificio en el que compartían piso. Rebuscó las llaves en el bolso y estaba a punto de abrir cuando lo vio. Héctor estaba frente a ella con una maleta a su lado y un gesto serio poblando sus facciones. Le abrió la puerta y esperó.

—No pensé que llegaras tan pronto —dijo cerrando tras ella.

—¿Tienes alguna actuación? —preguntó Minerva mirándolo, la sonrisa congelada en su rostro mientras un mal presentimiento la recorría por entero.

Él solo la miró y negó.

—No, no tengo una actuación. —Rehuyó su mirada centrándose en un punto justo detrás de su cabeza. No sabía si no le interesaba mirarla o si no quería hacerlo—. Me voy —sentenció.

Minerva sintió como le temblaban las piernas. No sabía si podría sostenerse mucho más tiempo.

—¿Te vas? —preguntó sin saber si deseaba conocer la respuesta—. ¿Cuándo vuelves?

La angustia se aposentó en su estómago provocándole un inmenso vacío, uno que amenazó con hacerla correr hasta el baño más cercano y vomitar el escueto almuerzo que había tomado a media mañana.

—No voy a volver —confirmó él buscando entonces su mirada—. No quería que te enteraras así, Minerva, pero... He cancelado la boda.

Los ojos de la joven se abrieron aún más ante la inesperada noticia, se le secó la garganta y sintió que el mundo entero se le caía encima. Lo miró, buscando alguna señal de que aquello era una broma y que terminaría por decir

que subieran y arreglaran cualquier cosa que fuera que hubiera hecho mal.

—¿Por qué? —preguntó en apenas un susurro, las lágrimas atenazándole la garganta mientras se esforzaba con todas sus fuerzas en no llorar.

El hombre negó mirándola.

—No necesito un motivo y si lo tuviera, tampoco tengo porqué decírtelo —la miró con toda su frialdad en la mirada. Una de esas miradas que había dirigido al hombre del banco cuando se había negado a concederles un crédito para la entrada de la casa o a su hermano cuando le había preguntado sus intenciones. Una mirada que nunca creyó que le dirigiera a ella. Nunca antes lo había hecho—. Me marcho.

Agarró su maleta y la miró, se quedó quieto esperando. Minerva se dio cuenta de qué esperaba, estaba en medio y no lo dejaba pasar. Reuniendo toda la fuerza de voluntad que tenía se hizo a un lado y contempló su espalda mientras abría, se detuvo un par de minutos como si quisiera cambiar de opinión, pero finalmente se limitó a decirle:

—No tienes que preocuparte por nada. Todo fue cancelado y aquellos servicios que lo requerían pagados en su totalidad.

Ella alzó la mano tratando de alcanzarle y detenerle, pero apretó con fuerza el puño limitándose a mirarlo, se pegó la mano al destrozado corazón en un intento por alejarse de la tentación de sentir la calidez y fuerza de aquel masculino pecho. Las lágrimas aparecieron en sus ojos amenazando con desbordarse en cualquier momento.

—¿Por qué me haces esto? —sonó titubeante y odió cada instante del temblor de su voz.

—No eres lo que un hombre como yo necesita —se encogió de hombros y sin dirigirle ni una sola mirada más, salió a la calle y desapareció.

Minerva se dejó caer en el suelo mientras sollozos incontrolables sacudían su cuerpo. Se llevó una mano al vientre y lloró con más fuerza sin comprender. Aquella mañana él la había despertado con un perfecto desayuno, una flor, una sonrisa y la sesión de amor más tierna e intensa de su existencia y de pronto...

Tenía que haber algo más. Algún motivo. ¿Habría conocido a alguna mujer? ¿Habría hecho ella algo inadecuado? Héctor era tan perfecto, tan elegante y serio que nunca había podido comprender como se había fijado en ella. Nunca lo había dicho en voz alta, pues siempre había tenido el secreto y profundo temor de que él lo descubriera y la abandonara.

Ella no lo había dicho, así que alguien más debió haberlo hecho.

—No te preocupes, bebé —dijo tocando su aún liso vientre—. No necesitamos un padre que no nos quiere por lo que somos. Que vaya con alguien que se adecue a sus necesidades.

Se estiró, aferró con fuerza el bolso, se secó las lágrimas haciendo que todo el rimel y delineador hiciera una oscura nube en su rostro y caminó hasta el ascensor.

Encontraría la forma de salir adelante sin él. Era una mujer adulta, capaz y profesional y demostraría a todo el mun-

do que el hombre que ella escogiera sería afortunado de tenerla.

Jamás viviría a la sombra de nadie más.

Jamás suplicaría migajas de amor.

Héctor sería pasado y a partir de ese momento, quizá no de ese exacto pues dolía demasiado, pero pronto, muy pronto, lo olvidaría y seguiría adelante con su vida.

—De todos modos... —dijo al aire con el sarcasmo tiñendo su voz un instante antes de abrir la puerta de su casa—. ¿Quién necesita amor?

CAPÍTULO 1

—Shhh, bebé. No llores, cariño —Minerva se levantó y sacó de la cuna a su hija de seis meses. La llamada de su hermano Marc había alertado a la pequeña que había roto a llorar nada más escuchar el timbre del teléfono—. Voy a matar a tu tío.

La llevó a la cama y la acunó con cariño mientras le hablaba con suavidad. Estaba empezando a salir su primer diente y el dolor y la inflamación de la encía la molestaba tanto, que a pesar de ser una niña tranquila, se despertaba y asustaba con mucha facilidad.

Estiró la mano para coger el cepillito especial que le había aconsejado el pediatra y tras colocárselo en el dedo le palpó la encía. La niña cesó su llanto de inmediato y apretó el dedo de su madre con desesperación. Los lagrimones aún caían de sus ojos, pero la intensidad con que mordía acalló un tanto sus sollozos.

Minerva siguió acunándola y calmándola hasta que sus ojos fueron cerrándose de nuevo. Una vez dormida, sacó el dedo de la ya floja boca infantil y la llevó a la cuna. Había decidido colocarla en su dormitorio, más por necesidad que por otra cosa, aunque lo cierto es que no se imaginaba tenerla en una habitación aparte. Era su pequeña y quería tenerla cerca.

La arropó con la suave manta de ositos y acarició su mejilla mientras la niña se dejaba atrapar por Morfeo y esbozaba una breve sonrisa en sueños llenándola de dicha y felicidad. Era la cosa más bonita que le había pasado en la vida.

Contempló las rubias hebras que coronaban su cabecita. Su pelo era fino, suave y tan claro como el de su padre. Negó furiosa consigo misma por permitir que él llegara a su mente en calidad de semejante figura. Nunca sería el padre de su hija, jamás. Solo había sido un donante de esperma y sin embargo el destino había sido cruel con ella, pues su pequeña Ciara era exactamente igual a él.

Apretó los dientes ante la oleada de lágrimas que amenazó con asaltarla. Ya no lloraba por él, casi nunca lo hacía.

Odió un instante su debilidad pues tenía la certeza de que una parte de su corazón jamás dejaría de pertenecerle. Después de su marcha, se había enfrentado a tantas cosas... Empezando por las miradas de lástima de aquellos curiosos que no paraban de preguntarle una y otra vez qué había ido tan mal como para suspender una boda que ya parecía inminente y siguiendo con las constantes llamadas de sus hermanos pidiendo explicaciones.

Supo que Marc y Héctor habían tenido una fuerte discusión. Su hermano llevó un ojo morado varios días después de aquello, pero él no volvió.

¿Por qué iba a hacerlo si yo no era suficiente mujer para él?

No había sido fácil enfrentarse a sus palabras, le había costado mucho trabajo hacerlo. Muchas lágrimas, mucho dolor. Pasó tres días completos encerrada en casa a oscuras, sin comer ni dormir, dejándose llevar por la pena hasta que su mejor amiga subió la persiana de su habitación, le arrebató el edredón que la cubría por entero y la arrastró a la bañera para acabar con el olor pestilente que desprendía. Aún recordaba sus palabras:

—Me da igual lo que tú quieras, Minie, pero te advierto, no dejaré que te hundas en la miseria. No necesitas a ese idiota —la miró con firmeza mientras negaba—. Nunca me cayó bien. Debiste hacerme caso cuando te sugerí que lo sometiéramos al polígrafo.

Minerva ahogó un gemido, trató de aferrarse a la cama pero su amiga ya tiraba de ella por un pie.

—¿Vas a obligarme a que llame al bombón de tu hermano para que te saque de la cama? Porque no me importa hacer tan gran sacrificio por ayudarte.

Sus labios solo pronunciaron una queja y un ronco: Márchate.

Los ojos de Elizabeth se incendiaron con furia, sacó su móvil y empezó a marcar.

—Llamando a Marc en tres... dos...

—¡Está bien! —gruñó la desarreglada mujer desde la cama. Su pelo castaño alborotado y lleno de nudos, sus ojos verdes inyectados en sangre y tan hinchados que parecía que se había pegado con un luchador de sumo y los agrietados labios, sacaron un grito involuntario de su amiga.

—¿Qué te has hecho, Minie? —se sentó a su lado y la atrajo a sus brazos sin importar el desagradable olor que despedía. La achuchó con ternura mientras acallaba sus nuevos sollozos—. No voy a dejar que llores por ese idiota, ya te has encargado tú sola de llorar suficiente para lo que te queda de vida. —La alejó apenas y la miró tratando de colocarle el enredado cabello—. ¿No se tomó bien la noticia? Si te ha dejado por eso te juro que iré y le patearé ese delgado trasero que tiene hasta que entre en razón.

—No —susurró Minerva, la garganta le ardía, apenas si podía hablar—. No quiero saber nada más de él.

—Entonces no sabrás nada —aseguró Eli—. Ven conmigo —la sacó de la cama y la dirigió al baño. Deja que te ayude. ¿Cómo te sientes?

La joven se soltó de ella y corrió directamente a vomitar, no tenía nada en el estómago, así que los espasmos le produjeron un gran dolor; solo quería morir.

—Dime que te has estado alimentando —Elizabeth la miró con intensidad y negó—. Si no quieres hacer nada por ti, vale. Pero como le pase algo a mi ahijado, te juro que no volveré a hablarte en la vida.

Minerva se llevó las manos al plano vientre y gimió.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Qué voy a hacer? No me quiere, dijo que... que yo... que no era... —las lágrimas volvieron con más intensidad.

—¡Ese cabrón! Déjamelo a mí, le voy a cortar las pelotas.

—¡No! —negó entre sollozos—. No...

Elizabeth apretó los puños a ambos lados de su cuerpo mientras trataba de controlar su furia.

—Dúchate, lávate el pelo y relájate. Tienes quince minutos para arreglarte y estar lista. Vamos a ir al médico y después al spa. Necesitas un buen masaje y yo conozco el lugar perfecto para ello.

—No quiero...

—¿Te he preguntado si quieres? Porque yo creo que no. Dúchate, vístete y cambia de actitud. Estaré en el salón. Más te vale que te des prisa, voy a prepararte algo ligero para comer y después...